

Para aprender a viajar dentro del propio país:

O turista aprendiz, de Mário de Andrade*

Sandra Luvizutto

Cuando se habla de Mário de Andrade se evoca de inmediato el modernismo brasileño, movimiento iniciado en São Paulo en 1922, con la famosa Semana de Arte Moderno, que posteriormente se extendió por todo el país. Como se sabe, la Semana de Arte Moderno tenía por finalidad: romper con los conceptos petrificados de la burguesía brasileña, y superar la literatura vigente, marcada por los convencionalismos del naturalismo, parnasianismo y simbolismo; para luego poder elaborar una especie de programa estético e ideológico que invalidase todos los discursos importados de Europa, propensos a una visión idealizada e ilusoria de la nación.

Dentro de este escenario se encuentra Mário de Andrade. Absorbido por los movimientos de la vanguardia europea del inicio del siglo xx. Mário crea, junto con Oswald de Andrade, principios para el desarrollo del arte moderno y se transforma en un gran investigador de la cultura, folclor y la realidad brasileña. A partir de esos conocimientos, Mário percibió que varias regiones del Brasil eran como repositorios de tradición y cultura popular y deseó ardientemente conocer estos espacios personalmente. Según Telé Ancona Lopez, una de las principales estudiosas de la obra de Mário de Andrade, el escritor viajó muy poco, hizo apenas cuatro importantes viajes considerados como turismo cultural; entre

* Traducción de Cláudia Bruno Galván.

éstos encontramos uno al oeste y otro al norte del Brasil. Todo el conocimiento proveniente de esos dos viajes consta en dos diarios, compilados en un libro titulado *El turista aprendiz*, que, a pesar de ser poco divulgado, es uno de los textos más importantes para comprender la multifacetada cultura brasileña.

En esta obra, el escritor relata que primero se embarcó el 7 de mayo de 1927 en São Paulo para dirigirse a la Amazonía (brasileña, boliviana y peruana) y después el 27 de noviembre de 1928 hacia el noreste. Por medio de la experiencia vivida, de las sensaciones, de la observación directa de la vida en los pueblos del norte y noreste, Mário reúne, de forma brillante, varias notas para una versión «definitiva» de 1943, publicada póstumamente en 1977. Surgen con ese eximio trabajo claves que fundamentan el análisis de las poesías de Mário y de su magistral obra *Macunaíma*.

Según Telê Ancona Lopez, resulta claro con respecto al género del libro que el escritor tenía la intención de organizar la narración del viaje en forma de diario, pero no sólo como un registro de los días del viaje, sino en el sentido de mostrar que el cronista de la colonización continúa, pues todavía hay mucho para descubrir en Brasil. *A priori* su preocupación era la cuestión etnográfica. Mário quería entender una particularidad del Brasil a través de la observación de la vida del pueblo. Pero se percibe que el diario no es apenas un relato frío y objetivo de las costumbres, de los recursos naturales. Es un texto híbrido, capaz de unir la referencialidad a la poeticidad; los elementos de lo real están filtrados por el arte. En Mário hay el deseo de experimentar tal realidad y no sólo de relatar hechos, costumbres, fauna, flora, leyendas y tradiciones, sino de vivir y sentir todo eso. Por este motivo, en algunos puntos, el texto se aproxima a un tono de narrativa confesional: «síntesis absurdas», «anuarito de bolsillo», «veremos lo que se puede hacer con eso en São Paulo» (p. 63). Hay en el texto una mezcla entre el registro objetivo y el carácter ficcional, entre lo real y lo imaginario. Puede identificarse como crónica periodística, documento histórico o literatura. En este punto, recordamos otro escritor, el antropólogo francés Claude Lévi-Strauss, que narrando su viaje, también a la región amazónica, en la obra *Tristes trópicos* encanta y fascina al lector por entregarse, como Mário, en cuerpo y alma al objeto de su investigación. Como declara el antropólogo Clifford Geertz: «Lévi-Strauss se incluye en el texto, sin transformarlo con esto en “subjetivo”, “impresionista” o “excesivamente personal”» (*Folha de São Paulo*, 22-05-2005).

El conflicto entre razón y emoción surge en el texto de Mário a raíz de la inmersión del narrador en el objeto de la investigación. El poeta poseía un espíritu innovador y está ansioso por los cambios que viniesen al encuentro de una realidad estrictamente brasileña; por

eso, quería absorber el territorio ajeno en todos sus matices, no sólo por la visión, sino también por los olores, el gusto, por el hecho de oír y tocar ese espacio tan inusitado para nuestro turista. No obstante, el narrador al viajar de cierta forma estaba armado, «desorientado» por una visión exótica, y quizá fantástica, de la amazonía, mostrando cierto prejuicio del «urbanícola». «A las reminiscencias de lectura me impulsaron más que la verdad, las tribus salvajes, los caimanes y las hormigas gigantes y mi santa almita imaginó: cañón, revólver, bastó navaja. Y se decidió por el bastón» (p. 51). A lo largo del texto percibimos que con lo inesperado el turista va mostrándose un ser encantado y fascinado con todo lo que encuentra a su paso. Como si las nociones científicas fuesen lentamente sustituidas por la experiencia, por la mirada y el sentir del poeta.

El aroma del palo rosa y de la macacaporanga que se desprende de la resina de todos los troncos era tan embriagador que oscilábamos con peligro de caer, en aquel mundo de aguas que braman. ¡Qué elocuencia! Los pájaros cantaban en vuelo y la algarabía de los flamencos, de los guacamayos, de las aves de paraíso no me deja oír la campana de a bordo llamando a cenar. La señora me tocó el brazo y me asusté. Fui con los demás, dejando el pensamiento hundido en la magnificencia de aquel paisaje hecho con premura en cuyo centro relumbraba tal cual un ojo de vidrio y rodaja guazú¹ de Marajó inundada. (p. 59).

El deseo de incorporar plenamente lo desconocido resultó una vez más evidente en el «turista» cuando nos revela que de todos los lugares oficiales, la visita al mercado de Manaus fue la que le proporcionó mayor placer, placer de experimentar la amazonía, por la degustación de los sabores y especierías locales. Además de varias visitas al mercado —Mário continúa relatando— durante su recorrido, el sabor de todos los bocadillos y exquisiteces locales, que lo aproximan a la realidad visitada y estrechan la relación turista-espacio.

En el palacio del presidente se come camorín² con salsa de tucupí³. La carne de tracajá⁴ disuelve los protocolos y cuando la zapotilla⁵ se espesa en la lengua su sabor abaritonado se puede llegar a olvidar las mil virtudes de la nostalgia y no se desea más nada [...] (p.64).

¹ NT: grande, vasto, extenso.

² NT: especie de róbalo.

³ NT: hecho con mandioca rallada y exprimida.

⁴ NT: tortuga de la amazonía.

⁵ NT: fruto de la sapota muy dulce y gomoso.

[...] todas las frutas se entregan por demás, pero el cajú no: su singular placer está en la especie de interfagia, disculpen de entrecomilona, específico de él. Él muerde nuestra boca, nos devora por dentro. (p. 215).

Mário se muestra efectivamente como un turista en aprendizaje dispuesto a dialogar con el espacio visitado, en una «antropofagia» de la selva hacia él, pues es posible percibir que el poeta fue tragado, deglutido por la región amazónica, y seducido por el objeto contemplado, un sujeto que experimenta, en función de su desplazamiento en el espacio, el exotismo, la dialéctica de la geografía y de la subjetividad, como escribe Bachelard en *La poética del espacio*, «el espectáculo exterior ayuda a revelar una grandeza íntima». Y Mário: «No sé, quiero resumir mis impresiones de este viaje [...] no logro hacerlo, estoy bastante confundido, maravillado, pero no sé [...]» (p. 59).

Dentro de este contexto (sentir el universo alrededor, sin finalidad científica), saboreando lentamente cada momento y cada detalle encontrado, el turista registra trechos muy peculiares cargados de humor: «El pez buey es una ballena que sólo por desánimo dejó de seguir creciendo» (p. 173) y de lirismo al revelar la belleza y lo sublime de las plantas y animales observados, como la flor pico de loro, la liana matamata, el famoso apuizeiro⁶ que dio origen a la leyenda de la «Taper de la Luna» (p.77), el jabotí⁷, el guará rojo, el pájaro gitano, la hormiga *taxi*, las abejas brasileñas, entre otros; un universo exótico que es preciso apreciar, contemplar y experimentar.

Este mundo infinitamente rico, que a cada página deja encantado al lector, también señala la malaria, la pobreza, el calor infernal, los carapanás⁸, que destruyen la imagen mítica de una amazonía inventada e idealizada por la cultura. Al configurar una nueva mirada sobre un Brasil tal vez más auténtico —más próximo de la realidad— y proponer rupturas con ideas estandarizadas; Mário, por medio de un sentido aguzado, nos revela su gran interés en compilar el vocabulario local, pues mediante la comprensión del léxico de los nativos podría entender mejor la cultura, los valores y el modo de ver el mundo de los amazónicos. Así, el turista va registrando los diversos regionalismos, los nombres típicos de comidas y bebidas, «¡La merienda de hoy fue sapotilla, biribá⁹, damasco nacional, que es otra cosa y refresco de copoazú¹⁰, pero eso es lengua que se hable!» (p. 87).

⁶ NT: especie de ombú amazónico.

⁷ NT: tortuga de tierra.

⁸ NT: mosquito.

⁹ NT: anón amazónico.

¹⁰ NT: cacao amazónico.

Todo lo que Mário vivió en ese viaje lo llevó a reflexionar sobre su visión eurocéntrica, impregnada de conceptos y dogmas de la cultura dominante y produjo un desplazamiento de la subjetividad hacia la alteridad. «Hay una especie de sensación persistente, de insuficiencia, de un tornasolado que estropea todo el europeo gris y bien prolijito que todavía tengo dentro de mí» (p. 60). Ese desplazamiento posibilitó la experiencia de una travesía radical que reconfiguró no sólo el paisaje exterior sino el propio paisaje íntimo del narrador. Esto sólo fue posible por el contacto con lo diferente, con lo desconocido, pues lo habitual y lo familiar enyesa nuestra visión, petrifica nuestra mirada y nos impide ver al *otro*. Fue por medio de la experiencia de la alteridad que Mário reconoció que era parte de una cultura y que había muchas otras para conocer, valorar y vivir personalmente. El «padre de *Macunaíma*» invita al lector de hoy para un viaje por tierras remotas, a quebrar fronteras, a experimentar lo desconocido y a entender que la relación alteritaria no significa sobreponer, asimilar o destruir las experiencias particulares, sino establecer una relación pacífica de complementaridad e interdependencia.

ANDRADE, Mário de. *O turista aprendiz*. Introd. y notas de Telê Porto Ancona Lopez. Belo Horizonte: Itatiaia, 2002.